

## Un culpable se confiesa

■ **La destemplada irrupción de Adolfo Suárez en el coro histórico del enojo partitocrático sólo sirve para confirmar que la crisis de la democracia y de las instituciones, difícilmente superable, lleva su firma y la marca de su propio miedo**

Adolfo Suárez ha roto el silencio, acogiéndose a la fraternidad de *El País*. Adolfo Suárez es víctima de una curiosa dixelia política: calla cuando debería hablar y declara cuando debería callar. Adolfo Suárez es una figura que parece arrancada del ácido retrato hecho por Carlos Seco Serrano de la España de Felipe IV o de aquella otra de Carlos IV y Fernando VII que en la Escuela de Periodismo nos explicaba Luis de Sosa con lujo de

detalles. Ahora, igual que los malos toreros, pretende Suárez engañar al respetable con un desplante chulesco para tapar una pésima y desvergonzada faena. Prorrumpo en un «Yo disiento» que, en razón de quien lo pronuncia, y a causa de su contenido, podría figurar entre los esperpentos de solana o los más sórdidos caprichos de Goya.

### La falaz argumentación de Suárez

**R**ECURRE Adolfo Suárez al mismo falaz expediente usado por todos sus compinches de la dictadura parlamentaria: usar al Rey como escudo de sus ambiciones, de sus bajezas y de sus yerros. Torpe y descalificadora argucia ésta de hacer del Rey la misma utilización dialéctica de la que acusa a los sentenciados por los acontecimientos del 23 de febrero. Pero, además, con una neta diferencia, que no ha pasado desapercibida a los lectores asiduos de las informaciones objetivas sobre el juicio: los procesados creyeron que su acción tenía impulso real: Adolfo Suárez tiene la osadía de traspasar al Rey sus propias e interesadas opiniones. En el primer caso es inocultable una recta intencionalidad. En el segundo, el de Adolfo Suárez y la clase política, está ausente la limpieza de ánimo. Insistir en un tema que ya estaba obviado, excede de la consideración de mera torpeza política, aunque ésta sea consustancial al duque enriquecido en los negocios. Es hora de que los políticos de arrabal asuman a cuerpo limpio sus propias y gravísimas responsabilidades en el hundimiento de España, saliendo del parapeto.

Le ha dolido en lo más vivo a la clase partitocrática una consideración definitiva del Tribunal, que Adolfo Suárez, ayuno de sentido político y de un mínimo barniz jurídico, comete el error de subrayar. Me refiero a la justificación para absolver a los tenientes de la Guardia Civil, puesto «que su error no resultaba vencible en sus circunstancias» y que «los acontecimientos de la noche del 23 y madrugada del 24 de febrero presentaron apariencias suficientemente confusas y expectantes para hacer dudar, incluso a mandos muy superiores, de las decisiones a tomar, y por ello a dilatar su adopción en espera de que la situación apareciese como clara y resueltamente decidida».

Es llamativo y esclarecedor el reconocimiento por el Tribunal de que todo lo sucedido estuviera confuso durante muchísimas horas, «incluso para mandos muy superiores», lo cual explicaría, entre otras cosas, los extraños comportamientos que todos pudimos observar en el hotel Palace. Lo está a estas alturas hasta para los procesados, copartícipes de la opinión desconcertada expuesta por el teniente coronel Tejero, a quien, según declaró, le gustaría que alguien le explicara algún día lo que sucedió realmente el 23 de febrero. Adolfo Suárez, sin embargo, no alberga confusión alguna, lo cual resulta manifestación de un simplismo incorregible o expresión de un conocimiento del que todos los demás carecemos. Si fuera así, podía haber comenzado Adolfo Suárez por sacarnos de confusiones y titular su artículo «Yo lo sé todo», en vez de hacerlo con el ocioso y petulante «Yo disiento».

### La desfachatez de un oportunista

**P**ODRÍA haberme dejado llevar de la fácil tentación biográfica para contradecir a Suárez. La fulgurante historia política y comercial de Adolfo Suárez y su insólita capacidad para el chaquetismo, ofrecen caudal inacabable a quien quiera destrozar el escaso prestigio que pueda restarle, reducido al espacio de una voraz clientela de estómago agradecidos y de arribistas. No sería empeño difícil para quienes, además, conocemos de cerca las artes de que se valió para pros-

perar y la naturaleza de los abandonos oportunistas de que fueron víctimas quienes más le protegieron, movidos por sus lastimeras apelaciones o sus serviciales confidencias. No merece la pena, aunque su «Yo disiento» corresponda a esa misma suerte de colocación gitanesca que le proporcionó poder y fortuna en toda suerte de cambios. Lo suyo ha sido siempre aquello de «ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor». ¿Y quién es ahora el señor de Adolfo Suárez? Tanto ha cambiado de señor en estos últimos veinte años, que ni se sabe, aunque haya motivos sobrados para sospechar que no es precisamente aquel a quien presume defender. Tampoco a la democracia, por supuesto. La democracia vale para Adolfo Suárez lo mismo que el Movimiento: mero trampolín para satisfacer sus insaciabiles ambiciones de poder. ¡Hasta soñó con ser presidente de los Estados Unidos de Europa!

Cae Adolfo Suárez en la misma aberración que sus congéneres, empecinados en ganarse el desprecio popular con histéricos graznidos. No me refiero a su peculiar concepción democrática de la Justicia y del Estado del derecho, consistente en que sólo es válido aquello que les conviene. Aludo a la procaz identificación que proponen entre ellos y la soberanía popular. Adolfo Suárez transita por idéntica deformación facciosa de la realidad que sus compinches del transaccionismo: «La absolución de algunos oficiales que ejercieron violencia física contra los representantes del pueblo y actuaron con sus armas en contra del poder civil, encarnado en el Gobierno y en el Congreso de los Diputados.» ¿Pero alguien puede hablar con rigor a estas alturas, incluso desde la filosofía estricta del sufragio universal inorgánico, de una correlación objetiva entre parlamento y voluntad popular?

Ninguna de las ceremonias electorales realizadas al amparo de la transacción resiste un serio análisis democrático. La democracia es sólo una presunción formal en España. La democracia prometida fue construida desde el compromiso despótico de unas minorías y la actual crisis políticas es la inevitable degeneración de tales aberraciones en dictadura enmascarada. Unos verdaderos demócratas habrían aceptado con serenidad las sentencias, conforme a los correctos usos políticos en un estado de Derecho, y, en todo caso, habrían interpuesto después, con el natural recato, los recursos a que hubiera lugar.

### La democracia nació deforme y en crisis

**N**ADA de lo que se ha hecho en España desde la transgresión del mandato popular explícito en la Ley de Reforma Política, puede presumir de auténtico respaldo democrático. La voluntad popular ha sido sistemáticamente sustraída mediante un sistema oligopolista del poder que ha consagrado el despotismo de los partidos. Adolfo Suárez ha sido el gran artífice de esta gigantesca manipulación. Y contra él y contra todos los que le han acompañado en la farsa se vuelve ahora la acusación que pretende volcar sobre los procesados y también sobre el Tribunal: «Porque la crisis de la democracia implica necesariamente la crisis de todas las instituciones —la Corona, el Parlamento, el Gobierno, las Fuerzas Armadas, los partidos políticos, la Administración y los propios tribunales de justicia—, que sólo en el orden democrático que el pueblo español, en el ejercicio legítimo de su soberanía, se ha dado a sí mismo encuentra su verdadero sentido y fundamento.»

Es ocioso entrar a demostrarle a Suárez que el pueblo español nada se ha dado a sí mismo desde la muerte de Franco. Multitud de libros nacidos de los propios espacios del transaccionismo, a comenzar por los de Rafael Calvo Serer, demuestran que todo se ha hecho conforme a un compromiso conspiratorio muy anterior al 20 de noviembre de 1975, al que ni tan siquiera la ETA fue ajena. Si «la crisis de la democracia implica necesariamente la crisis de todas las instituciones españolas», y no cabe ninguna duda de que vivimos la crisis irreversible de una democracia sólo aparente, es necio atribuir el origen de la crisis a quienes creyeron cumplir un razonable servicio el 23 de febrero. Antes de esa fecha ya estaba en crisis irreparable la democracia. Y fue Suárez uno de los principales responsables de la crisis, hasta el punto que hubo de dimitir en medio de un grotesco espectáculo de picaresca política.

Lo que correspondería a Suárez, de albergar un último resto de lucidez y de dignidad, sería un «Yo me acuso», en vez de ese estafalario «Yo disiento». La crisis de las instituciones es culpa de las camarillas de los partidos, sólo preocupadas por debilitarlas y utilizarlas en beneficio de sus intereses sectarios, en vez de potenciarlas al servicio de España. Han pretendido hacer de la democracia y de sus instituciones lo mismo que del pueblo: mero y dócil instrumento. Es natural que ahora, cuando las sentencias no son las que el despotismo partitocrático pretendía para el total desahogo de su revanchismo, Adolfo Suárez, en la misma línea que la entera camada de los pactos de la Moncloa, disienta del Tribunal.

### Miedo a la verdad

**U**NA última cuestión me parece digna de ser tomada en cuenta: «Alguna vez señalé —escribe Suárez— que sólo había que tener miedo al miedo mismo. No hay libertad bajo el miedo, no hay derechos ciudadanos bajo el miedo, no se puede gobernar bajo el miedo.» ¿Y acaso esta ficción de democracia no ha sido construida conjuntamente sobre la coacción y sobre el miedo?

Todo es miedo en la España de hoy: miedo al delincuente, miedo al terrorismo, miedo al hambre, miedo al paro, miedo al despido, miedo a la represalia, miedo a la verdad, miedo a la puñalada traperera, miedo al poder, miedo al futuro... El miedo aparece por doquier. Pero fue Adolfo Suárez, desde su propio miedo y la mala conciencia de la clase política tramposamente reimplantada, quien ha hecho del miedo la razón de ser de la tiranía partitocrática. Su permanente y despavorida huida hacia adelante ha impreso un sello indeleble al sistema, ha terminado con la democracia, ha puesto en crisis a las instituciones, sumido en la miseria al pueblo y ha hundido a España. Es inocultable que su torpe y grosero «Yo disiento» es también producto del miedo. En ningún caso de la razón. Exhibe Suárez un miedo cervel a que resplandezca la verdad y terminen las «apariencias confusas y expectantes» de que deja constancia el Tribunal.

El miedo ha vuelto a jugarle una mala pasada a Suárez. Ha quedado desnudo, despojado de toda credibilidad y al aire las vergüenzas de su insaciable ambición y de sus tortuosos regates. Si el miedo es mal consejero, la zafiedad unida al miedo destruye los disfraces y abate las caretas. ¿Suárez disidentor? Suárez culpable de la agonía de España.

Ismael MEDINA